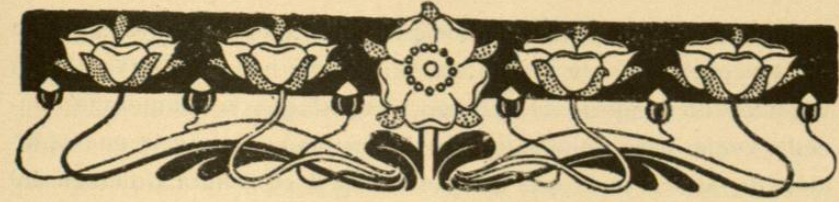
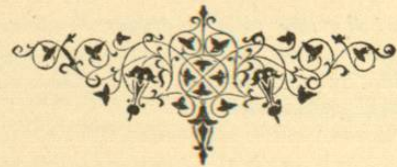


ocho días; en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

capítulo siguiente: «...y el rostro y los bigotes vendados: el rostro por los arañños, los bigotes por que no se le desmayasen y cayesen.» Luego á D. Quijote se le había hecho una cura y dijo bien el autor al escribir que le dejaban *vendado y curado*.



CAPÍTULO XLVIII

De lo que le sucedió á D. Quijote con D.^a Rodríguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna

ADEMÁS, estaba mohino y malencólico el mal ferido D. Quijote, ⁵ vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato; desdichas anejas á la andante caballería. Seis^a días estuvo sin salir en público; en una noche de las^b cuales,

a. ...caballería. Ocho días. ARG., BENJ. — b. ...de los cuales. TOX.

Á la dolorosa desgracia de la encerrada y felina batalla, sucede esotra escena: recogido D. Quijote en su lecho, á deshora siente que abren con una llave la puerta de su aposento y que en él entra una reverendísima dueña con tocas blancas, D.^a Rodríguez, en la que el audaz y extravagante simbolismo ve una reminiscencia de los Concilios de Toledo, y una alusión á la ignorancia de la iglesia (*¿risum teneatis?*) en el hecho de ocultarse detrás de una vela.

Comenzó entonces un diálogo lleno de repulgos al principio, y al fin tan íntimo, que en él se ponen al descubierto, con vergonzosa infidelidad, así las trampas de su señor como aquellos desaguaderos ó fuentes que llevaba la Duquesa en las piernas, por donde le fluía el mal humor de que estaba lleno aquel cuerpo que parecía derramar salud por todas partes; á cuyas inesperadas revelaciones se siguieron, como dados por ánima en pena, gentil zapa-teamiento, recios arañazos y rabiosa pellizcadura: narración deliciosa en la que Altisidora, la de cansado aliento, y la Duquesa, quedan tan mal paradas, moralmente, como en lo físico quedó D.^a Rodríguez en aquella parte que no suele ver el sol.

Línea 8. Seis días estubo sin salir en público. — Como al final del cap. 46 se lee que la famosa aventura gatesca costó á D. Quijote cinco días de encerra-

estando despierto y desvelado^a, pensando en sus desgracias y en el perseguiamiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad y ponerle en condi-
5 ción de faltar á la fe que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso.

«— No, — dijo creyendo á su imaginación (y esto con voz que pudiera ser oída), — no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar^b la que tengo grabada y estam-
10 pada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mía, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo com-
puestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren;

a. ...y desvelado pensando. V. 3, BAR. — b. ...adorar á la. TOS.

miento y de cama, y ahora acaba de leerse, en el anterior, que *no sanó en ocho días*, y aquí se dice que estuvo *seis sin salir en público*, creyeron Clemencin y Hartzembusch que Cervantes se ponía en manifiesta contradicción. Así lo dice el primero al comentar este pasaje, el cual lo dejó tal como está. El segundo, si bien no lo comenta, hizo mucho más, puesto que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, pase el vulgarismo, corrige: *ocho días estuvo sin salir en público*; fundándose quizá para ello (pues él no lo declara) en estas palabras del anterior capítulo: *no sanó en ocho días*. No pararon mientes, ni uno ni otro, en que el mal tiene su gradación, y esta gradación la expresa claramente Cervantes al decir que las heridas gatescas costaron á D. Quijote *cinco días de encerramiento y de cama, seis estuvo sin salir en público, y hasta ocho para que completamente sanara*. Esto es lo que dice el autor, y pecaron de ligeros los mentados comentadores al quererle corregir.

Á los ojos de meticoloso crítico, la inconsecuencia entre este pasaje y el del cap. 46: «*que le costó cinco días de encerramiento y de cama*», sería pecado imperdonable.

11. *...transformada en cebolluda labradora*. — Lo que para los entendidos en achaque de lenguaje es cosa llana (tal sucede con la significación de *cebolluda* por «gorda»), parece un misterio á los poco versados en el léxico. Nuestro *Diccionario de Autoridades* corrobora el sentido en que aquí se toma esta voz con el siguiente pasaje, sacado de la traducción del *Dioscórides*:

«Los hombres en España, Italia y en otras partes del mundo, son enjutos y delicados, y en Alemania, gordos, redondos, gruesos y *cebolludos*.» (Lib. IV, cap. 24, pág. 389.)

12. *...ora en ninfa del dorado Tajo*. — De ese famoso río, así llamado por un Rey de las Españas, y que muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, al decir de Cervantes, algo se ha dicho ya en el *Prólogo* de la primera parte y en el t. IV, pág. 134. Como ampliación á las citas mencionadas en los anteriores pasajes, justo es añadir la siguiente, para de-

que adonde quiera eres mía, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.»

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una col-
5 cha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados: el rostro por los arañes,^a los bigotes por que no se le desmayasen y cayesen; en el cual traje parecía la más extra-
ordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y, cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lasti-
10 mada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas; tanto, que la cubrían y enman-
taban^b desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano iz-
quierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía

*a. ...por los arañes, los. GASP. — b. ...y enmandaban desde. BAR.
c. ...enmantaban de los pies. MAT.*

mostrar que no fué la principal idea de nuestro autor parodiar las citas de Lope señaladas en el t. I, pág. 22:

«Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Así en tus aguas claras veas envueltas
Arenas de oro, como el Tajo ameno,
Y así las *ninfas* fugitivas sueltas
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras.»

(CERVANTES. *Numancia*.)

10. *...vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas*. — «Vieron venir una reverenda matrona con unas tocas blancas como la nieve, más largas que una sobrepelliz de un Canónigo portugués.»

Rasgo descriptivo de Claudia en *La tía fingida*, que, por su aire de familia, puede correr á par de este:

«Al cabo y al fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con *tocas blancas*, tan tendidas y largas que besaban la tierra.» (II. t. IV, cap. 23, pág. 364.)

La pintura que se hace de D.^o Rodríguez trae á la memoria de los eruditos aquella otra:

«Miré por ella entrar una reverenda mujer que con *tocas de dueña* y una luz en la mano, haciendo una profunda reverencia, la puso en un bufete y se volvió á salir.» (G. DE CÉSPEDES. *El soldado Pindaro*, II, 2.)

Se viene asimismo á las mientes este otro pasaje:

«— ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdición de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh *luengas y repulgadas tocas*, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usais de vuestro casi ya forzoso oficio!» (*El celoso extremeño*.)

sombra por que no le diese la luz en los ojos, á quien cubrían unos muy grandes antojos^a. Venía pisando quedito, y movía los pies blandamente.

Miróla D. Quijote desde su atalaya; y, cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venía en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoría^b, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la visión, y, cuando llegó á^c la mitad del aposento, alzó los ojos y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote; y, si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque, así como le vió tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas, que le desfiguraban^d, dió una gran voz, diciendo: «— ¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?» Y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos; y, viéndose á oscuras^e, volvió la espalda para irse, y, con el miedo, tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída.

D. Quijote, temeroso, comenzó á decir: «— Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la^f caballería andante, que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del^g purgatorio se extiende. »

a. ...grandes antojos: venía. GASP. —
b. ...mala fechoria, y. BAR. — ...mala fechoria, y. TON. — c. ...llego la mitad. BR. — d. ...le desfiguraban, dio. BR. —

TON. = e. ...á oscuras, volvió. GASP.,
MAI., FK. = f. ...orden de caballería.
MAI. = g. ...ánimas de purgatorio. C.,
V., BR., BAR., BOW.

1. ...á quien cubrían unos muy grandes antojos. — Acerca de la voz *antojos*, en lugar de *anteojos*, como decimos hoy, vease nuestra nota al cap. 8 de la primera parte, t. I, pág. 193.

6. ...á hacer en él alguna mala fechoria. — Todavía mantiene el léxico oficial, como en los días de Cervantes, la variedad de *fechoria* y *fechoria*, si bien hace prevalecer el uso actual de la primera.

« ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! (I, t. III, cap. 52, pág. 368.)

16. «— Conjúrote, fantasma, ó lo que eres. — Si una buena parte de los españoles de entonces, dejándose llevar de los prejuicios, consejas y leyendas que aquí y allá corrían sobre apariciones, asentía en parte á ello; ¿por qué ha de sorprender que á la calenturienta imaginación del héroe manchego se le representase como fantasma la figura de D.^a Rodríguez, y que, poseído del mayor énfasis, le dirigiese el no menos temeroso que sabido: *Conjúrote... etc.*?

La brumada^a dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quijote, y, con voz afligida y baja, le^b respondió: «— Señor D. Quijote (si es que acaso vuesa merced es D. Quijote): yo no soy fantasma, ni visión, ni alma de^c purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino D.^a Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que, con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

— Dígame^d, señora D.^a Rodríguez, — dijo D. Quijote^e: — ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna tercería? Porque le^f hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora D.^a Rodríguez, que, como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva, y departiremos de todo lo que más mandare^g y más en gusto le viñere, salvando, como digo, todo incitativo melindre^h.

— ¿Yo recado de nadie, señor mío? — respondió la dueña. — Mal me conoce vuesa merced: sí que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías; puesⁱ, Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco: saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar^j mis cuitas como á remediador de todas las del

a. ...abrumada. FK. — b. ...baza se respondió. BOW. — c. ...alma del purgatorio. PELL., ARR. — d. ...dígame mi señora. BAR. — e. ...dixo D. Quijote de la Mancha, por. BAR. — f. ...porque la hago. TON. — g. ...todo lo que más á

cuento y más en gusto le. ARG., — ...todo lo que me mandare y más en gusto le. ARG., BENJ. — h. ...incitativo mensaje. Yo recado. ARG., BENJ. — i. ...niñerías, Dios. ARG., BENJ. — j. ...á contarle mis. ARG., BENJ.

1. La brumada dueña. — La forma simple de este verbo (*brumar*), que ha prevalecido en nuestros clásicos, osténtase, con su aire castizo, no ya varias veces en *El Ingenioso Hidalgo* y en *El viaje del Parnaso*, sino en las demás obras hermanas:

«...cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran: si no, confíesame una verdad por tu vida, despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?» (*Rinconete y Cortadillo*.)

«...y Lope rodeado de más de veinte aguadores que no le dejaban menear, antes le brumaban las costillas de manera que más se pudiera temer de su vida que de la del herido, segun menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria.» (*La ilustre fregona*.)

22. ...y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador. — «Falta evidentemente, — dice Clemencín, — el pronombre, que sin duda estaría en

mundo.» Y, sin esperar respuesta, se salió del aposento, donde quedó D. Quijote, sosegado y pensativo, esperándola. Pero^a luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíale^b ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de
5 romper á su señora la fe prometida; y decíase á sí mismo: «—¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso^c, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? Que yo he oído decir muchas veces, y á muchos discretos, que, si él puede, antes os la dará roma^d que
10 aguileña; y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará^e mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis

a. ...esperándola. Luego le. GASP. — toma que aguileña. BR.₁. — e. ...despertaran. TON., BOW. — ...despertaran.
b. ...y parecíale ser. ARG._{1,2}, BENJ. — PELL., ARR., ARG._{1,2}, MAI., BENJ.
c. ...y mañoso querrá. FK. — d. ...dara

el original: *volveré á contarle mis cuitas.*» Cierta, falta el pronombre *le* para satisfacción de los nimios, de los escrupulosos, de los que no pueden caminar sin andadores.

5. «—¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña.— Lo que en la primera parte había dado materia á fantástico cuadro, ahora de emperatrices y reinas, ahora de duquesas y condesas; aquí donde el sol de la inteligencia, aunque empañado, brilla á trechos con cierto fulgor, la razón hace vacilar á D. Quijote, y, dudando de si serán cuitas verdaderas las que ha prometido contarle D.^o Rodríguez, ó artimaña diabólica para que desfallezca su amor á Dulcinea, llevado de la opinión, muy autorizada entonces, del oficio dueñesco, se hace fuerte para que por ningún camino se rompa la fe prometida á su señora. Y ¿cómo había de dudar el héroe, si toda nuestra literatura está sembrada de recuerdos, de hechos, más que posibles, verdaderos?

«...halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas, reverendas, que suelen ser los tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las más castas mujeres, que por ellas mejorarse de monjiles y mantos y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan.» (MATEO ALEMÁN. *Guzmán de Alfarache*, I, lib. I, cap. 2.)

9. ...antes os la dará roma que aguileña.— En *El diablo cojuelo*, tranco 2, se lee: «Es muy antigua costumbre en nosotros ser muy regatones en los gastos, y como dice vuestro refrán, si la podemos dar roma no la damos aguileña.»

Hablando Valdés, en su *Diálogo de la lengua*, sobre los equívocos, dice de D. Antonio de Velasco que: «pasando un día de ayuno por un lugar suyo, adonde él á la sazón estaba, un cierto comendador, que había ido a Roma por dispensación para poder tener la encomienda y ser clérigo de misa, lo cual el comendador mayor, que se llamaba Hernando de Vega, contradecía; y no hallando en la venta qué comer, envió á la villa á D. Antonio le enviase

años venga á caer donde nunca he tropezado? Y, en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni
5 levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? ¡Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo! ¡Oh cuán bien hacía aquella señora de
10 quien se dice que tenía dos dueñas de bulto^a, con sus antojos^b y almohadillas, al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas!»

Y, diciendo esto, se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodríguez. Mas, cuando la
15 llegó á cerrar, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca^c; y cuando ella vió á D. Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquín^d, temió de

a. ...dueñas devuelto con. BR.₁. — blanca en la mano, y. TON. — d. ...ó boteguín, temio. BR.₂.
b. ...sus anteojos, y. GASP. — e. ...cera

algun pescado. D. Antonio, que sabía muy bien la historia, entre dos platos grandes luego á la hora le envió una copla que decía:

«Ostias pudiera enviar
De un pipote que ahora llega;
Pero pensará el de Vega
Que era para consagrar;
Vuesa merced no las coma,
De licencia yo os lo pido,
Porque nunca dará Roma
Lo que niega su marido.»

(VALDÉS. *Diálogo*, pág. 97.)

Con *Roma* aludió Velasco á la reina D.^a Isabel, que tenía las narices *romas*, la cual, aunque parecía favorecer á Vega, al fin no le favorecía contra la voluntad de su esposo D. Fernando.

8. *¡Afuera, pues, caterva dueñesca.*— No es el vocablo *dueñesco* uno de los que con más frecuencia aparecen en la obra; antes bien, no recordamos que lo haya usado hasta llegar al cap. 37 de esta misma parte:

«Adelante pasaran con el coloquio *dueñesco* si no oyeran que el pifano y los tambores volvían á sonar.» (Tomo V, pág. 219.)

18. ...con las vendas, galocha ó becoquín, temió de nuevo.— La definición del *becoquín* que da Covarrubias en su *Tesoro*, difiere algo de la que, años más

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, N.M.

nuevo, y, retirándose atrás como dos pasos, dijo: «— ¿Estamos seguras^a, señor caballero? Porque no tengo á^b muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

— Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, — respondió
5 D. Quijote; — y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

a. ...estamos seguros señor. ARR. — b. ...tengo muy. BAR.

tarde, apareció en el *Diccionario de la Real Academia Española*, como podrá ver el lector:

« Antiguamente era insignia de nobleza: y era en esta forma, una rosca que se encajaba en la cabeza con un ruedo que salía de ella con que se cubría la cabeza y colgaba hasta el pescuezo y por la otra parte una chia de media vara en ancho que se rodeaba al cuello y servía de cubrir el rostro: el qual en lengua toscana se llama Becco, que es en el ave el pico y en el hombre la nariz y lo que del rostro tiene salido en punta, y porque con esta chia se cubrían el rostro, se llamó becca. De donde se dijo también *Becoquin* porque cubre el rostro de camino. » (*Covarrubias*, voz *Beca*.)

« *Becoquin*. — Birrete ó solideo con orejeras. Es voz tomada del italiano, pero de poco uso. » (*Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid, 1726.)

Como habrá observado el lector, según Covarrubias, el *becoquin* rodeaba el cuello, y, al decir de los Académicos, tapaba las orejas. ¡Quién había de presentir que el definirlo de diferente manera había de ser causa de animada polémica en los comienzos del presente siglo!

Los que deseen conocer el pleito Cotarelo-Bachiller San Martín, acerca de la voz *becoquin*, lean las notas puestas á la edición de las obras de Lope de Rueda publicada por la Real Academia Española (1), la crítica del Bachiller Alonso de San Martín (2), la *Satisfacción* dada á la citada Academia (3), y la réplica *Sepan cuantos...*, dada por el citado Bachiller (4).

1. «— ¿Estamos seguras, señor caballero? — El presente pasaje, ese animado diálogo entre D.^o Rodríguez y el arañado andante, á no haber sido la pluma de Cervantes, maestro en el eufemismo, la que lo trasladó al papel, hubiera resultado una página crudamente realista, muy común en cierto linaje de producciones caballerescas.

(1) *Obras de Lope de Rueda*. — Madrid, 1908, pág. 439.

(2) *Silba de varia lección*. — Función de desagrazos en honor del insigne Lope de Rueda desafortunadamente comentado en la edición que de sus obras publicó la Real Academia Española, valiéndose de la péñola de D. Emilio Cotarelo Nuri, celébrala el Bachiller Alonso de San Martín. — Madrid, 1909, pág. 20.

(3) *Satisfacción á la Real Academia Española* y defensa del vocabulario puesto á las obras de Lope de Rueda, por Emilio Cotarelo y Nuri, de la misma Academia. — Madrid, 1909, pág. 27.

(4) *Sepan cuantos...* Corroza crítica puesta á la execrable edición que de las obras de Lope de Rueda perpetró D. Emilio Cotarelo y Nuri, ya del todo colocada en la picota después de la *Satisfacción á la Real Academia Española*, que el mismo felibre tuvo la desgracia de concebir y dar á luz, por el Bachiller Alonso de San Martín. — Madrid, 1910, pág. 41.

— ¿De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? — respondió la^a dueña.

— Á vos y de vos la pido, — replicó^b D. Quijote; — porque ni yo^c soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una
5 estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero

a. ...seguridad, replicó la dueña. TOX. | c. ...porque yo no soy de mármol. GASP.
— b. ...pido, dijo Don Quijote. TOX. = | — ...porque ni soy de mármol. BR.

6. ...donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. — La referencia es bien conocida por los simples humanistas. Sainte-Beuve alude á ella de este modo:

« Une autre fois, pendant le séjour d'Énée à Carthage. Junon ira bien en personne proposer un stratagème à Vénus; c'est d'elle que viendra l'idée de la partie de chasse, de la grotte propice et de l'hyménée pendant la tempête; mais, là même, Virgile ne s'amusera pas à décrire l'arrivée imprévue de Junon dans la maison de Vénus, et la toilette interrompue, et les paroles d'ironie ou d'étonnement affecté dont elle put être accueillie; il ira droit au fait, et se bornera à nous montrer ensuite le sourire (je l'ai rappelé déjà) de la divine Cythérée en entendant cette proposition un peu légère de la grave Junon :

..... Non adversata petenti
Adnuit, atque dolis visit Cytherea repertis.

Virgile n'est pas homme ni poète à entrer dans le commérage, même gracieux, des déesses. » (*Étude sur Virgile*, pág. 284, lin. 2 bajo.)

« En tanto la naciente aurora se levanta del Océano y la flor de la juventud sale de la ciudad, llevando apretadas redes, lonas y jabalinas de ancha punta de hierro; acuden precipitadamente los jinetes masilios y las jaurias de mucho olfato. Los primeros caudillos cartagineses esperan en el umbral del palacio á la Reyna, que aún se detiene en el lecho; vistosamente enjaezado de púrpura y oro su caballo está á la puerta, tascando impaciente el espumoso freno. Adelántase por fin Dido, acompañada de numeroso séquito, cubierta de una clámide sidonia con cenefa bordada; lleva una aljaba de oro, recogido el cabello en dorada redecilla y prendida la purpúrea vestidura en áureo broche. Siguenla los Frigios y el alegre Yulo; y á su frente el mismo Eneas, el mas hermoso de todos, se reune á ella y con esto se juntan ambas comitivas. Cual Apolo cuando abandona la helada Licia y las corrientes del Xanto y visita la materna Delos é instaura los coros, en que mezclados Cretenses y Dicopes y los pintados Agatirsos, se revuelven furiosos al derredor de los altares, mientras él recorre las cumbres del Cinto, y ajustando la cabellera suelta al viento, la sujeta con delicada guirnalda de hojas y oro, pendiente de los hombros la sonora aljaba; tal y no menos gallardo iba Eneas, no menos hermosura resplandecía en su noble rostro. Luego que llegaron á los altos montes y penetraron en sus más intrincadas guaridas, he aquí que las cabras montesas se precipitan de las fragosas cumbres, mientras por otro lado los ciervos cruzan corriendo el llano y abandonan los montes, huyendo